

LA LUZ DEL PORVENIR.

SEMANARIO ESPIRITISTA.

PRECIOS DE SUSCRICION	LA REDACCION Y ADMINISTRACION:	PUNTOS DE SUSCRICION.
Barcelona: un trimestre adelantado, 4 ptas. Fuera de Barcelona: un año, id. . 4 ptas. Extranjero y Ultramar: un año, id. 8 ptas.	Fonollar, 24 y 26 Se publica los Jueves	En Lérida, Administracion de El Buen Sentido, Mayor, 81, 2.º Madrid: Almagro, 8, entr. d. recha -Alicante: S. Francisco, 28, du.º

SUMARIO.

¡Qué lástima!—El padre de almas.—Un recuerdo á Allan Kardec, (poesia.)—La esperanza, (poesia.)—Piensa en mas allá, (poesia.)—Un recuerdo á Tomás Pauró, (poesia.)—Ecos.

¡QUE LÁSTIMA!

Ojeando varios periódicos, leimos en *La Correspondencia de España* el suelto siguiente:

«Dice un periódico de París que la Condesa de Pollalion ha entrado en un convento de carmelitas, al cual ha legado toda su fortuna, consistente en veinte millones de pesetas en inmuebles y numerario. La nueva religiosa cuenta diez y siete años de edad y está dotada de una rara belleza.»

¡Qué lástima! dijimos al terminar nuestra lectura; he aquí una mujer dotada de las mejores condiciones para ser útil en la sociedad, que ha muerto al nacer, porque ¿de qué sirve una mujer enclaustrada? De nada absolutísimamente. Dicen que sirven para rezar por los pecadores. ¡Pobres pecadores si no contáran para salvarse con otra cosa que con esas plegarias del rutinarismo religioso!

¿Qué es el rezo? ¿qué es esa oracion aprendida de memoria, y pronunciada por costumbre? Es una ocupacion monótona, que deja libre el pensamiento para pensar en todo ménos en lo que se está haciendo. ¿Quién no ha visto durante su vida una de esas escenas familiares, tanto en las casas de la ciudad como en las quintas? Cuando en estas últimas vuelven los trabajadores del campo, y ántes ó despues de la cena, se sienta el dueño en la cocina junto al fuego si es invierno, ó en el patio si es verano, y toda su familia le rodea, incluso los criados, y se comienza á rezar el tradicional rosario, que á lo mejor queda interrumpido porque se duerme el que lo lleva; otras veces le ocurre una pregunta de interés, y entre un *Padre Nuestro* y un *Ave-María*, se entera de cuántas fanegas de harina han traído del molino, cuántas aranzadas están dispuestas para recibir el grano; ora la dueña de la casa indaga si han recogido todas las gallinas, si han cerrado bien las puertas, y otras cosas por el estilo; y si obligan á los niños á asistir al rezo, las criaturas, de estar tanto tiempo sentadas se impacientan, y aprovechan la ocasion si pasa el gato ó el perro para jugar con él de pasada; la madre ó el abuelo, cuando les ven, les riñen; si reinciden les ponen de rodillas; y esta oracion interrumpida, este insulso juego de palabras, ¿puede elevar el pensamiento? No; es completamente imposible; y las comunidades religiosas, aunque en sus horas de rezo no tengan esas interrupciones visibles, y nadie vaya al coro á perturbar su reposo, pero cada sér lleva consigo la *loca de su casa*, la imaginacion, y en esos largos ratos de meditacion forzada en que se pronuncian cien y cien veces las mismas palabras, el pensamiento de cada una de aquellas mujeres, trabajará indudablemente. La que haya entrado en el claustro por un desengaño amoroso, pensará tal vez en los perdidos placeres de su juventud; la que por obedecer á su familia haya entrado en un convento para olvidar á un sér amado, esta infeliz sufrirá lo que dice la adjunta carta que hemos leído en *El Nuevo Ateneo*; ella expresa perfectamente el martirio de esas almas enfermas, que las entierran en vida para prolongar su dolor. Escuchemos á la jóven reclusa.

Para que olvide mi amor,
Aquí me trajo la suerte;
¡Padres! tan sólo la muerte
Podrá calmar mi dolor.
El convento es sitio oscuro
Que, con inútil empeño,
Pretende borrar el sueño
Que al corazón animó;
Muro donde se cobijan
La triste monotonía
Y los recuerdos del día
En que el alma despertó.
Aquí se sufre, se ora,
Se contempla el infinito,
Se mira de un Dios bendito
La sublime inmensidad.
Pero también se solloza,
Se recuerda, se suspira,

Y hay corazón que delira
Por la dulce libertad.
La mujer que llegue aquí
Con amor dentro del pecho
Y el corazón ya deshecho
A fuerza de palpar,
No es posible que se olvide
Del que causó su delirio;
¡Soportará su martirio,
Pero no podrá olvidar!
Y en la fementida lucha
Que alterará su reposo,
Un porvenir pavoroso
Verá del recuerdo en pos.
Y allá en el centro del alma,
Divinizando á su amante.....
¡Lo verá siempre delante
De la imagen de su Dios!

Estos sencillos versos dicen una gran verdad: la soledad es la que conserva los recuerdos latentes en nuestra memoria; pero sigamos hablando de las pobres mujeres enteradas en vida.

La que por mandato de familia haya ingresado en un monasterio, dejando el mundo sin haber vivido en él, esa soñará con placeres desconocidos, tendrá sed de vida, porque la mujer ha nacido para amar y ser amada; ha venido al mundo para sentir, para querer. La mujer no vive viviendo sola; la mujer se consume si no vive unida á otro ser. Por esto, la vida del claustro es un suicidio lento, porque se truncan las leyes naturales, y la paz de los conventos es tan errónea como la paz de los sepulcros.

En los primeros, los gusanos de las pasiones humanas corroen nuestra alma; en los segundos, los gusanos de la podredumbre corroen nuestro cuerpo y la vida se manifiesta siempre en ebullición continua.

Los monasterios nos inspiran tanto horror como las cárceles. A los conventos los llama Castelar *islas morales*; y nosotros los llamamos *lugares de tormentos*; porque tanto los hombres como las mujeres son insoportables viviendo en comunidad, y es muy natural que lo sean. Los espíritus que venimos á la tierra somos muy imperfectos, díscolos, bruscos, muy amigos de hacer nuestra voluntad, intolerantes en sumo grado. Por lo general, vienen á este globo espíritus viejos, cansados de sufrir, ansiosos de respirar libremente, y en los conventos no se respira. Y si en las comunidades de los hombres se ve que los religiosos, la mayor parte de ellos, tienen un semblante colorado y rollizo: esa vida de la materia es una vida grosera, en la cual el espíritu se estaciona, porque no satisface más que los torpes apetitos de la gula, y el hombre no viene á la tierra únicamente para comer y beber, viene á trabajar, á luchar, á sentir, á querer, á pensar, á progresar, y en las comunidades religiosas, lo primero que se hace es olvidar las sagradas afecciones de la familia, y el que abandona á sus padres para rendir culto á Dios, ni ama á los suyos, ni comprende á Dios. Por esto hemos dicho al saber que una joven noble y bella, y por apéndice muy rica, entraba en un convento: ¡Qué lástima! ¡Ha muerto al nacer!... cuando había venido á la tierra con todas las condiciones necesarias para ser dichosa!

Era de noble cuna, que ya es una gran ventaja, pues aunque decía García Tejero que «En el sepulcro y la cuna—todos nos vemos iguales;—son miserias mundanales—los títulos»;—con todo, es preciso conocer que un nombre ilustre es muy apreciado en este mundo, y la joven Condesa lo tenía.

Era bella, otra gran ventaja, porque la fealdad en la mujer es una expiación de las más grandes que puede sufrir. ¡Le gusta tanto á la mujer ser galanteada, obsequiada y atendida donde quiera que va! Prueba de esto, que la mujer, en su juventud, todo su afán es embellecerse; y recordamos que Bartrina, con su gracia inimitable, cuenta en una de sus poesías el siguiente aniversario:

«Abrazada con su madre,
Contemplaba triste, Andrea,
El entierro de su padre,

Y álguien murmuró: «¡Qué fea!»
Salióle al rostro el rubor;
Arrugóse su entrecejo,

(278)

Y olvidando su dolor,
Corrió á mirarse á un espejo.
Un año despues llorando
Y que su luto acababa,
Alegre considerando

(A76)

La madre á la hija, así hablaba:
«¡Hoy se cumple un año, Andrea!...
¿Hoy?... ¡No recuerdo! ¡Es extraño!..
¡Ah... sí, sí... (hoy hace un año
Que un hombre me llamó fea!)»

¡He aquí una pincelada de mano maestra!....

¡Cuán bien pinta el poeta el gran afán de la mujer en aparecer siempre bella! Y no es exagerado, no; á la mujer le gusta agrandar en todas las épocas de su vida, y cuando deja de tener ese deseo, es cuando la fuerza de los años la hacen retirar del mundo: por esto, una mujer hermosa que es simpática á cuantos la miran tiene mucho ganado para ser feliz en la tierra, porque la hermosura atrae. ¡Es tan agradable la belleza! Y aunque nos digan los filósofos que la hermosura del cuerpo se marchita, y la del alma nunca pierde su lozanía, y que, por lo tanto, debemos preferir la segunda; nosotros decimos que una mujer muy fea debe sufrir mucho en este mundo, y compadecemos profundamente á esas pobres jóvenes que no llegan á tener quince años; pues, como decía un amigo nuestro, hay mujeres que de las catorce primaveras se pasan á los veinte otoños.

Dice un antiguo adagio que no hay quince años feos, y para algunas mujeres verdaderamente pasan desapercibidos los quince años, porque ni un solo día se engalana su rostro con los encantos de la juventud, y deja gozar de esas mil satisfacciones que son las flores de la primavera de la vida; por esto, una mujer bella disfruta doblemente de los inocentes placeres que tiene la existencia, que no deja de tenerlos, especialmente la juventud, que con muy poco se contenta: y la joven condesa de Pollalion tenía en su favor su rara belleza, y la nobleza de su cuna; ahora nos basta decir que era bastante rica, porque ochenta millones de reales ya es una fortuna regular, que bien empleada, podía la Condesa haber enjugado muchas lágrimas, recogiendo á algunos huérfanos, á esos pobres niños que quedan entregados al azar de la vida. ¡Podía haber hecho tantas cosas buenas! Porque estas personas de brillante posición social, cuando quieren, pueden transformar á un pueblo. No por lo que ellos hagan por sí solos, sino porque su palabra es atendida.

Que un pobre, por ejemplo, presente á la Junta de Beneficencia el proyecto de un hospital modelo. Si algunos de los señores lo leen, se sonríen con lástima y dicen: «Este prójimo quiere medrar á costa del Estado.» Y la Memoria y los planos van al cesto de los papeles viejos. En cambio, si aquellos mismos documentos son presentados por una mujer joven y bella, que pertenezca á la aristocracia, todos encuentran el proyecto admirable: se estudia, se comenta, y todo se pone en movimiento para realizar la obra. ¡Oh! las mujeres ricas pueden hacer tanto bien á la humanidad, disponen de tantos recursos, que son innumerables; por esto lamentamos la pérdida de la condesa de Pollalion. ¿Qué hará en el claustro? ¡Es tan joven.... que aún no ha comenzado á vivir! ¡Pobre niña! Cuando se despierte de su sueño infantil, ¡qué horrible despertar!

¡Encerrada para toda la vida! ¡negado para ella el amor de un hombre!.... ¡sin poder disfrutar de las tiernas caricias de sus hijos.... sin llegar á conocer esa felicidad de la esposa y de la madre, que con nada, con nada se reemplaza en el mundo!

No hay religión que llene el vacío del alma en los primeros años de la existencia, y la prueba es que de los claustros se cuentan mil historias, ¡pero historias horribles! ¡poemas de lágrimas! Porque no hay muros, no hay rejas, no hay votos que puedan detener los latidos del corazón cuando éste se encuentra en la plenitud de la vida; «que es imposible pedir—que olvide el pulso el latir—y el pensamiento el pensar», como decía Camprodon.

Cuando nuestro sér se agita al impulso de la pasión, por mucho que haya hecho el fanatismo religioso para *momificar* al hombre, éste siente á pesar de todas las penitencias; y ¡cuántos anacoretas, y aún los mismos santos que la Iglesia venera, cuenta la tradición que tuvieron sus tentaciones, y que algunos cedieron á ellas! ¿No habían de ceder? Y no es que cedieron á la tentación, es que cumplieron con la ineludible exigencia que tiene nuestro sér de unirse á otro sér; que el poder de las religiones es muy pequeño para trincar las eternas leyes de la Naturaleza. Y la misma Biblia quiere poner tan juntos al hombre y á la mujer, que esta última asegura que fué formada de una costilla del hombre; y si en su origen han sido el uno y el otro carne de su carne, y hueso de sus huesos, ¿cómo han de vivir separados si no puede ser, si es imposible?

Se acusa al clero de vivir infringiendo ciertos mandatos. ¿No los ha de infringir, si se les ha obligado á vivir fuera de las leyes naturales? Se les ha negado á los sacerdotes

la familia legitima, y ellos irremisiblemente han acudido al concubinato, que llega á producir actos escandalosos, como el pleito entablado por la Condesa Lambertini reclamando la herencia de su padre el cardenal Antonelli: que el que siembra vientos, ¿qué ha de recoger? tempestades. Y, lo repetimos, esas absurdas leyes religiosas han sido el origen de historias que horrorizan, de crímenes misteriosos, que, envueltos en la sombra, sólo se han descubierto cuando el tiempo ha querido descubrirlos, que el tiempo, ese mudo testigo de nuestras acciones, es un delator inexorable que no habla, y todo lo cuenta. ¡Es el taquígrafo eterno que toma notas de todo cuanto hace la humanidad! En los conventos de religiosas, ¡cuántas víctimas sacrificadas en aras de la ambicion! ¿Se tiene un conocimiento exacto de la vida en los primeros años de la juventud? Nó; y solo admitiriamos la reclusion cuando la mujer hubiese cumplido cuarenta años. Entónces, cuando el alma ya está desengañada, cuando la mujer sabe lo que quiere, cuando no sueña, es cuando puede decidirse á renunciar al mundo; pero ántes..... ántes es sacrificar á seres inocentes, que no tienen mas delito que ser ignorantes.

Para consagrarse á Dios no es necesario huir de la sociedad; el hombre puede rezar, haciendo el bien por el bien mismo. Justamente la humanidad de la tierra está tan enferma.... tiene raquítis en el cuerpo, y tisis en el alma. Este mundo es un hospital; no hay un individuo que en él disfrute de salud; todo lo más que hay son convalecientes. Pues bien, estos convalecientes, si quieren interesarse por los enfermos que están de peligro, pueden hacer tantas y tantas obras de caridad, que su vida puede ser una ferviente oracion. El hombre no ha de rezar con palabras, sino con hechos; por esto, al pensar en la jóven condesa de Pollalion, decimos: ¡qué lastima!

¡Qué lástima! sí; sus hermosos ojos no servirán de espejo á ningun hombre; en su seno no recibirá ningun niño el néctar de la vida; sus inmensas riquezas serán improductivas. ¡Qué lástima de existencia consumida en el rutinarismo religioso!

La vida del claustro, ni es sana para el cuerpo, ni es útil para el alma: antes al contrario, el espíritu debe estacionarse si es que no retrocede.

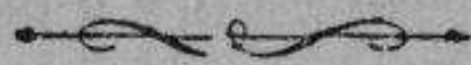
Recordamos que en nuestra niñez estuvimos una tarde dentro del Beaterio de la Santísima Trinidad, en Sevilla, á ver á una jóven educanda, y á pesar de nuestra corta edad, preguntábamos á nuestra amiga: «¿Y tú puedes vivir aquí encerrada?..» Nunca hemos comprendido la vida en un encierro, siempre hemos necesitado mucho espacio para vivir; y ahora que conocemos el Espiritismo, ahora que sabemos que hay otros mundos habitados, la tierra nos parece pequeña, ¡cuánto más un convento!.....

No, no; el espíritu vive para engrandecerse y regenerarse, y dentro del claustro tiene que empequeñecerse, tiene que aislarse, y hacerse egoista, y olvidarse de todas las afecciones que le pudieran ennoblecer.

¡Cuán cierto es que las religiones nos apartan de Dios, y la verdadera religion nos acerca á él!

¡Racionalismo religioso, tú no entierras á las mujeres en vida! Tú nunca nos harás decir lo que decimos hoy pensando en la jóven religiosa de las Carmelitas: ¡Qué lastima! ¡Pobre niña que murió al nacer! Su determinacion ha sido un acto de demencia suicida.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.



EL PADRE DE ALMAS.

Amantes de la verdad, siempre vamos en busca de su luminosa estela; y donde quiera que hallamos esta perla de inapreciable valor, nos apresuramos á ponerla de manifiesto para que todos cuantos quieran, admiren su belleza.

Hace algun tiempo que, siguiendo la costumbre de huir de la capital cuando llega la ardorosa estacion del estío é ir á respirar las frescas y perfumadas brisas del campo, emprendimos nuestro viaje hácia un pintoresco pueblo de Andalucia: una vez acomodados en el carruaje, echamos una ojeada sobre los viajeros que nos acompañaban, y despues de saludar á todos con cariñoso afecto, entablamos conversacion con una simpática jóven que llevaba un hermoso niño en los brazos.

—¡Cómo duerme!—la dijimos.

—¡Ah! si señora—respondió la aludida—tiene mucha bondad; cuando se despierta, nunca llora, siempre sonrie; y á menos que esté enfermo..... entónces suele quejarse un poco, pero si está delante de su protector, por malito que se halle, siempre le sonrie como para darle gracias por los cuidados que le prodiga.

—¡Ah!..... Pues qué ¿no tiene padre?

—No lo sabemos, señora; porque este niño, así como V. le vé, vive por milagro de Dios, y por la caridad de un anciano sacerdote que se lo encontró un día en la puerta de la iglesia medio moribundo

—¡Válgame Dios—exclamamos—pobrecito! ¿Y lo cria usted?

—Si, señora, porque el padre Antonio es muy pobre, y no podía pagar á la nodriza que lo criaba y ésta no queria continuar; yo, que estaba criando una niña casi de la misma edad, me presté á compartir el alimento de mi hija con el pobre desamparado; y crea V. que le quiero como á mis tres hijos; y mi marido, que es un ángel, se desvive por él, y siempre me dice que cuide mucho á este niño, porque está solo en el mundo.

La anciana señora que me acompañaba y yo escuchábamos con suma atención á aquella alma tan noble, que, con esa sencillez de las hijas del pueblo, nos hacia el bosquejo de una bellissima obra insignificante quizá para ella, pero de gran valor á los ojos de Dios y de sumo interés para nosotros, porque séres de esta especie, en la tierra son flores raras que apenas se ven.

Así pues, la dijimos:

—No, no desampare V. á ese niño, que tanto V. como su esposo, han hecho una buena acción sirviéndole de padres y Dios les protegerá.

—¡Oh! verdaderamente la Providencia vela por nosotros, porque cuando yo tomé al niño, hacia un mes que mi marido, que es carpintero, no tenia trabajo, y ya se nos acababan los pocos ahorros que teníamos; mas á los pocos días, encontró trabajo, mucho mejor pagado que ántes; y desde entónces, no solo no le ha faltado, sino que no puede dar abasto al que le traen; pero todo esto se lo debemos, despues de Dios, al padre Antonio, que es muy bueno.

—¿Es pariente de usted?

—No, señora, es el cura de nuestro pueblo. ¡Oh! si ustedes le conocieran, les gustaria hablar con él, porque no hay muchos sacerdotes como el padre Antonio. En el pueblo le quieren en gran manera y le llaman el «Padre de Almas.»

—¡Bonito nombre, si sabe cumplir con su deber!

—¡Qué si sabe! pues ya lo creo! Miren ustedes si es bueno, que, cuando algun niño del pueblo queda huérfano, se lo lleva á su casa y le dice á su madre, que ya es muy viejecita: «Madre aquí os traigo otro hijito para que os cuide:» y su madre que es muy buena, mira á su hijo sonriendo y acepta gustosa el presente que le ofrece. El huérfano ya no sale de allí hasta que sabe leer y escribir y ganarse el sustento. Si es niña, la coge de la mano, recorre las casas pudientes é implora la caridad para ella, con tan buena suerte, que al ver dos ángeles, la una por sus años y el otro por sus virtudes, todos le dán algo; y no se cansa jamás. Un día aquí, otro allá, hasta que reúne lo necesario para ponerla en un colegio, de donde sale para tomar nuevo estado, y entónces se reproducen escenas como la siguiente: el Padre Antonio vé entrar una señora en su casa, que le besa la mano y le dice: «¡Dios le bendiga á V. y á toda su familia!» El se la queda mirando, y pensando que la ocurre alguna desgracia, ya se prepara á ver en que la podrá ser útil, cuando, despues que la señora se explica, sabe que es la niña que él con tanto celo amparó. Entónces el bueno del cura rie y llora á la vez de gozo, dá gracias á Dios por su buen acierto, y despues de haber aconsejado á la jóven que sea una buena esposa y tierna madre, ella se vá bendiciéndole y él se queda fortalecido para empezar otra buena obra; y al otro día dá una merienda á los más pobres del pueblo para celebrar tan agradable noticia.

—¡Oh, que bellos sentimientos tiene ese buen sacerdote!—exclamamos con los ojos humedecidos por el llanto—bendito sea! ¡Con muchos séres así no habria tanta ignorancia ni tanta miseria! ¡Mucho nos alegraríamos conocerle!

—Pues miren ustedes, esto es muy sencillo; ya estamos muy cerquita del pueblo, donde la diligencia para dos horas, y tienen tiempo para verle: él es muy cariñoso; vive con su madre y una hermana que son tan buenas como él, y las recibirán á ustedes muy bien; y al mismo tiempo, conocerán á mi marido y mis hijos.

—Entónces aceptamos con gusto su proposición.

Y efectivamente, al poco rato llegamos al punto indicado por la jóven, y todos bajamos y entramos en aquel pequeño nido de poesía que, ya por la posición topográfica que tiene, ya por la belleza de sus campos se asemeja á un oasis frondoso que convida á los viajeros á descansar bajo su bienhechora sombra.

Al llegar á la casa de la jóven, que era de las primeras que se encontraban, salió á recibirnos su esposo con esa benevolencia hereditaria de los pueblos vírgenes é insepa-

ble compañera de los hijos del trabajo; nos enseñó á sus dos hijos, el mayor de los cuales, apenas contaría seis años, y la pequeña Rosa, compañera de alimento del huérfano, que tendía sus manitas hácia el niño para acariciarle, mientras éste le sonreía dulcemente, quizá para demostrarle su gratitud: nada tan bello como ver aquel grupo de seres donde todos se afanaban por acariciar al huérfano. Por largo rato hubiéramos estado contemplando aquel poético cuadro de familia, animado por los vivos colores del amor, si no hubiese sido por la premura del tiempo y el deseo de conocer al buen sacerdote de aquel lugar.

Así fué que, después de descansar brevísimos instantes, Carmen, la nodriza del huérfano, nos acompañó á ver al Padre Antonio.

Cuando llegamos, se hallaba en un pequeño huerto que rodea la casa, paseándose con su anciana madre, que, por ser de una edad muy avanzada, necesitaba que su hijo le sirviera de báculo.

Al vernos, adelantó algunos pasos y nos saludó cortesmente, invitándonos á sentarnos debajo de un limonero, cuyas olorosas flores y la suave brisa que venía á acariciarnos, parecían modulaciones armónicas de la sabia Providencia. Fijamos una escrutadora mirada en el buen padre, y si antes de conocerle nos había sido simpático por sus obras, al verle, no pudimos ménos que sentir por él profundísimo respeto: en su noble aspecto, se dibujaban la pureza y la bondad, y en sus ojos, un entendimiento claro.

Su constante y dulce sonrisa, parecía el imán de la virtud atrayendo hácia sí á cuantos se le acercaban.

Después de este breve exámen, le dimos á conocer el objeto de nuestra visita, como asimismo lo mucho que nos placía el hallar un sér de tan nobles sentimientos, tan poco comunes en este planeta. Oyónos benignamente y alzando al cielo sus ojos, como pidiendo inspiración, se expresó en estos términos:

«—La Tierra, amigas mías, es el campo de batalla donde el espíritu viene á luchar para aquilatar el temple de sus fuerzas. Para que éstas no falten en los momentos más críticos de la vida; nos es necesario robustecernos con la práctica del bien: es preciso alentar á los enfermos del alma, auxiliar á los que padecen físicamente, cubrir la desnudez del mendigo, partir nuestro escaso alimento con el que nada tiene, é ir en busca de un fecundo manantial de agua viva para calmar la sed de multitud de seres que se abrasan. Hay necesidad de ir en busca del que sufre, y no esperar á que este venga á buscarnos; es preciso multiplicarse, para que el bien llegue á todas partes, pues todos son acreedores á él; no debemos limitarnos á un reducido círculo de amigos ó conocidos, nó, esto denota algo de esa ciega pasión del egoísmo á que nos conduce muchas veces el excesivo cariño; debemos socorrer al que primero llegue, sin distinción de ninguna clase, porque ¿quién sabe si el extraño es más acreedor que el amigo?

»¡Oh, sí! Todo esto debe hacerse para que el espíritu se halle fortalecido y no desfallezca en lo más rudo del combate. Y no creáis amigas mías, que al hacer esto se haga nada de más, pues solo se cumple con un deber sagrado que todos debiéramos tener presente; deber de conciencia, deber que el espíritu en la tierra se compromete cumplir con rigurosa exactitud.

•¡Oh! ¡El que llega á comprender al mundo en edad temprana, éste es el más sabio de la tierra, el verdadero filósofo y el gran matemático que ha sabido resolver uno de los problemas más difíciles.....»

Aquí llegaba el respetable sacerdote en sus reflexiones filosóficas, cuando Carmen nos avisó había llegado la hora de partir. Nos vimos pues obligadas á dejar aquel poético asílo donde todo sonreía, hasta el alma de sus moradores, y donde pasamos un rato deliciosísimo escuchando los saludables consejos de aquel verdadero Padre de Almas, que con tanto acierto auxiliaba los males físicos y morales.

Con la misma rapidez que la corriente eléctrica vá de polo á polo, simpatizamos con aquellos seres tan nobles; y al despedirnos, una lágrima rodó por las mejillas de todos, lágrima que quizá unió nuestras almas eternamente.

¡Dichoso tú, verdadero sacerdote, que supiste adivinar la grandeza de tu misión!

¡Feliz mil veces, porque fuiste el Vate del Progreso, que, con la lira del amor universal, entonaste el cántico de la Virtud!

¡Dichoso, sí, porque supiste conquistar un lauro en la tierra y una corona en la eternidad!

CÁNDIDA SANZ.

Gracia.

Por un error de caja, se cambiaron algunos versos de la composición de nuestra muy querida redactora la señorita Sanz, y creemos cumplir con un deber reproduciéndola nuevamente, sintiendo este percance involuntario.

Á LA MEMORIA DE ALLAN KARDEC.

Cual inmenso oleaje se levanta
La reforma social de tu doctrina,
Con intrépido vuelo se agiganta
Y á las masas envuelve y predomina.
Con sus rayos alumbra al orbe entero,
Con su ciencia disipa los errores,
Y destruyendo el fanatismo fiero
Se condensa en bellísimos albores.

Desparece cual humo la ignorancia
Tornan los pueblos á su edad florida,
Y todo crece con exuberancia
Pues todo adquiere desarrollo y vida.

Cruzan los hombres el inmenso lago
Que el destino marcó en su derrotero,
Brotan la idea como soplo vago
Y ésta se extiende cual vapor ligero.

Sigamos adelante en nuestra empresa,
Llevemos la razón por estandarte,
Y entonces los humanos dirán: esa
Nos eleva al progreso mas gigante.

Sigamos erigiendo el edificio
Que nos legó Kardec en su gran plano,
Y trabajemos hasta el sacrificio
Sin que la luz se apague en nuestra mano.

Corramos como libres mariposas
En busca de esa esencia que dá vida,
Arranquemos las plantas venenosas,
Cicatricemos la social herida.

Retumbe nuestra voz en los espacios
Pidiendo la moral por excelencia
Y tengamos por joyas los topacios
De la gran rectitud de la conciencia.

Gracia.

Subamos á la cumbre del progreso
Donde la ciencia y la virtud se enlazan,
Y en eflúvios de amor hasta el exceso
Los pueblos se fusionan y se abrazan.
Que el alma desprendida de lo vano
Remontándose al éter de lo cierto,
Estudia sin ficción al sér humano
Cual se estudia un buen libro con acierto.

Y al tender nuestra vista al infinito
Y mirar sus estrellas rutilantes,
La Tierra, entonces nos parece un mito
Con sus galas, riquezas y habitantes.
¡No es extraño que el hombre así medite,
Porque el mundo girando en sus inventos,
Le dice que se eleve y que se agite
Pues valen mas que el oro los momentos!

Así pues tras la ciencia caminando
Nos enseñó Kardec su gran reforma,
Y la hermosa semilla fué sembrando
Que en sazonados frutos se transforma.

Y con ellos el alma se alimenta
Como el Sol que á las plantas vivifica,
Y cual astro que brilla en la tormenta
Los dolores morales dulcifica.

Jamás olvidaremos tu recuerdo
Pues al mundo legaste un adelanto,
Y es que de loco se convierte en cuerdo
Aunque loco le llamen entre tanto.

Por eso tu memoria bendecimos
Como el aura que besa nuestra frente,
Porque tuya es la idea en que vivimos
Progresando con ella eternamente.

CÁNDIDA SANZ.

LA ESPERANZA.

¿Qué tienes alma mía?
¿Por qué suspiras?
Levanta la cabeza
No llores, mira
Una estrella luciente
Que hácia tí avanza:
¿No la distingues niña?
Es la Esperanza.

No ves como desciende
Sobre una nube
Una imágen hermosa?
Es un querube.

La luz que lanza
¿No te dice bien mio
Que es la Esperanza?

Estrella luminosa,
Faro en los mares,
Tú consuelas al triste
En sus pesares.

¿Ya no la alcanzas?
«Ven» te dice al oído,
«Soy la Esperanza.»

«Ven te dice, á mis brazos,
Ven hija, hija mía,
Yo trocaré tus penas
En alegría.»

Es el iris que anuncia
Grata bonanza;
Amala, niña mía,
Que es la Esperanza.

J. D.

PIENSA EN MAS ALLÁ.

Mira en noche tranquila
la luna rielar,
el fresco de la brisa,
el ruido de la mar.

Que acompasada marcha
cada ola mas y mas,
empujando ia lancha
un paso mas allá.

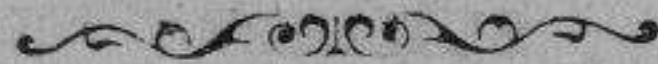
Marinero que cantas
con alegría tal,

aprovecha la calma
que te se acaba yá.

Tan solo ahora empiezas
á ejercer tu mision,
¡Ah! canta marinero,
prosigue tu cancion.

Mas ay! si tu supieras
lo poco que sé yo.....
no pasaras el tiempo
sino pensando en Dios.

CUSTODIA.

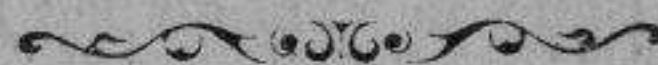


UN RECUERDO A TOMÁS PADRÓ.

¡Todo pasa en el mundo! nada queda...
El recuerdo se estingue en nuestra mente
Como el agua se pierde entre la arena!
¡Noble artista! tu nombre se ha perdido,
Y tu gloria quizá dan al olvido
Aquellos que á tu lado, vivieron y gozaron.
La humanidad es ingrata:
Desdichado de aquel que en ella fia,
Pues su cariño es como flor de un dia!
Nace, crece, y un soplo.....
En menos de un segundo desvanece
Todo un mundo de amor: ¡siempre hay un otro

Que viene á reemplazar al que se ha ido!
¿Dónde estas noble espíritu? ¡te amo!.....
Yo sin haberte nunca conocido
Con el alma te llamo!
Y evocando tu espíritu querido
Te digo, ¡ven Padró! que te aguardamos,
Te aguardan tus amigos,
Que aunque nunca te hablaron:
Pero que sin embargo, te han sentido
Tu ausencia han lamentado,
Y todos te preguntan: ¿Dónde has ido?
¡Ven un momento! ¡ven que te esperamos!

VIOLETA.



ECOS.

SE DIFUNDE LA LUZ.

El Centro de lectura del círculo espiritista *La Buena nueva*, de la villa de Gracia, está llamado á ser un buen punto de reunion para todos aquellos que deseen instruirse sin hacer gasto alguno, puesto que la entrada es pública, y se encuentran periódicos políticos de todos matices, y revistas literarias de distintas escuelas, nacionales y extranjeras.

Muchos han sido los espiritistas, (y no espiritistas) que han regalado libros para formar dicha biblioteca, y en la imposibilidad de citar todos los nombres de los que han contribuido á tan buena obra, citaremos al director del *Buen Sentido* de Lérida que mandó doce ejemplares del *Nicodemo*, y el director de la Revista de Estudios Psicológicos de Barcelona ha enriquecido dicha biblioteca con más de ochenta volúmenes, por lo cual merece un voto de gracias.

Hombres como el Sr. Fernandez necesita el espiritismo, hombres que comprendan que sin instruccion es imposible el adelanto. Plegue á Dios que muchos espiritistas secunden las ideas del director de la Revista de Estudios Psicológicos de Barcelona.

El 26 de abril último entregamos al señor administrador de la *Gaceta de Cataluña*, los doscientos reales que se habian recaudado en la redaccion de LA LUZ DEL PORVENIR para las víctimas de Puigcercós, para que el director de *La Gaceta*, que forma parte de la Junta de auxilios, envíe á aquellos desgraciados la pequeña suma recogida entre algunos espiritistas.